UN rey sabio, como tantas veces se ha dicho en esta obra, es aquél que sabe hacer feliz a su pueblo; y no solamente lo decimos nosotros, lo han dicho también grandes hombres. El gran filósofo Platón, escribiendo acerca de su ciudad ideal, dijo que únicamente podría el mundo librarse de la maldad humana, siendo gobernados los pueblos por filósofos, es decir, estando el poder en manos de los hombres más sabios. Pero la felicidad no es un don de los reyes. Sucedió una vez que la ilusión de Platón llegó a ser realidad. En Marco Aurelio tenemos al rey-filósofo; al gobernante que prefería la soledad de sus horas de estudio a la esplendidez fastuosa de la corte; al soldado que amaba más la paz que la guerra. Sin embargo, Marco Aurelio no hizo a Roma feliz. Verdad es que la felicidad depende de nosotros mismos y no de los reyes; y en el emperador romano, antes citado, vemos al hombre extraordinario, que teniendo a su alcance la felicidad, no pudo dársela a su pueblo; porque, aunque emperador de Roma, no podía ser nunca el dueño de los destinos del mundo.

UN PENSADOR EN UN TRONO

MARCO AURELIO Y SU LIBRO EXTRAORDINARIO

NUNCA sabemos donde se encuentra el verdadero filósofo. Puede ser un hombre que limpia cloacas, o el catedrático de una Universidad; puede ser un humilde campesino y hasta un pensador elevado a la más alta dignidad del gobierno. Marco Aurelio fué el único rey-filósofo de la Edad Antigua, se ha dicho.

Pero nosotros sabemos que también hubo un gran monarca egipcio, hace ya muchos siglos, que a la vez fué un gran pensador. Este soberano se negó a adorar a los ídolos y profesó la religión del Dios único y verdadero.

El nombre de este rey extraordinario sólo es conocido de los historiadores del antiguo Egipto; se llamaba Akhnaten, y se le designa más comúnmente con el nombre de Amenhotep IV. También el emperador Akbar, que vivía en la India hace 350 años, fué un gran pensador. Reconociendo que en todas las religiones había un fondo de verdad, se mostró enemigo declarado de toda persecución. Como legislador, fué siempre muy justo y humano. Intentó enseñarle a su pueblo una nueva religión, resumen de todas las religiones, a fin de que terminaran para siempre las disputas. Dijo que en todo templo de todo país, los hombres sentían a su Dios, igual los mahometanos que los creyentes en la Doctrina de Cristo. Y cuanto más sabemos de este notable soberano, más motivos hallamos para admirarle. Por ejemplo, prohibió el matrimonio entre muchachos demasiado jóvenes, según era costumbre del país contraerlos, y del mismo modo, hizo respetar la vida de las mujeres viudas, que debían ser quemadas vivas, inmediatamente después de haber muerto sus maridos, otra antigua y bárbara práctica de la India.

Pero aquí vamos a tratar de un emperador y filósofo romano mucho más célebre. Sin embargo, de justicia era recordar igualmente al egipcio y al indio, para admirar a los tres por igual, puesto que los tres fueron grandes hombres que florecieron en épocas y lugares tan diferentes y distantes. De este modo logramos darnos cuenta de que muy raras veces ha ocupado el trono la sabiduría. Desde los comienzos de la civilización, el número de reyes y emperadores que han existido es enorme. Ha de producirnos extrañeza, por tanto, que, entre ellos, fueran los filósofos tan escasos.

Tal vez el trono no es el lugar más a propósito para pensar; quizás teniendo un rey que atender a un asunto del momento, y espiar la conducta de los cortesanos lisonjeros y vencer a sus enemigos, no tiene tiempo para emplear sus facultades mentales en otras cosas más altas. Por eso con más razón, debemos recordar los nombres de los tres citados monarcas,—Akhnaten, Marco Aurelio y Akbar.—A continuación estudiaremos al más grande de los tres, quien, aventajando en esto a los otros dos, legó a la humanidad un libro maravilloso.

Nació Marco Aurelio, 121 años des-

pués de Jesucristo. En el año 161 fué emperador de Roma, y murió diez y nueve años más tarde, es decir, en 180.

Guardémonos, sin embargo, de creer que, siendo emperador de Roma, debería ser muy feliz, porque tenía en su mano los medios de satisfacer sus deseos y antojos.

En Roma ocurrían disturbios y, lejos de la patria, se sostenían guerras. Marco Aurelio no podía pasarse la vida divirtiéndose tranquilamente en su palacio o escribiendo su libro para no aburrirse. Todo lo contrario: su libro lo escribió, según se iban produciendo los acontecimientos.

Con todo, no dejaba de ser un soberano poderoso. Sabía lo que significaba el poder. Cuando daba su opinión sobre un asunto cualquiera, lo hacía después de haber madurado sus pensamientos. Un hombre pobre y despreciado, que viva en una miserable choza, puede declarar que el poder y el dinero, el lujo, el fausto y la música de los festines, los ricos manjares y los honores de los hombres, son cosas todas ellas despreciables. Puede tener razón y puede no tenerla; pero nosotros estimaremos en mucho más esta afirmación, si viene de boca de un emperador, que disfrutó de todos los honores y de todas las riquezas.

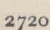
Marco Aurelio cuando era joven.

Se comprende que Marco Aurelio, que desde niño parecía ser un filósofo, recibiera excelente educación; pero muy pronto abandonó los estudios cortesanos tales como el arte de hacer versos y de hablar con elegancia, dedicándose por entero a la filosofía. Cuando sólo contaba once años de edad, ya comenzó a vestirse el traje sencillo que prefieren los filósofos, usando en todas las cosas de su vida la misma sencillez. Fué un filósofo moderado, y sujetó su vida a una disciplina, imitando a los demás filósofos en el alejamiento de las diversiones y en el desprecio de todas las comodidades. El muchacho que así se trazaba una regla de vida, estaba destinado a ser emperador, dueño de uno de los más vastos imperios que ha habido en el mundo.

Marco Aurelio era partidario de la paz; pero estaba destinado a combatir. Muchas veces tuvo que luchar a lo largo del Danubio; y ahora sabemos que, durante un combate, no se sabe en qué lugar, anotó una idea que ha llegado hasta nosotros y que nos parece preciosa. Cuando Marco Aurelio tuvo que sobreponerse a los estragos causados por una peste que se extendió desde Oriente a Italia; cuando se vió rodeado por el hambre y la traición, un caudillo suyo, en quien tenía puesta su confianza, volvióse contra él, con objeto de arrebatarle la corona; pero fué muerto por uno de los leales. Entonces Marco Aurelio sólo sintió una pena: la de no haber tenido ocasión de perdonar al traidor, y destruyó por sí mismo todas las pruebas de la culpabilidad de otros, para que, de este modo, no pudieran ser condenados.

Es muy de lamentar que este emperador permitiera una persecución contra los cristianos; pero debemos recordar que Marco Aurelio desconocía las enseñanzas del Cristianismo, y en los cristianos solamente veía a los rebeldes, enemigos del imperio. Este grande hombre murió relativamente joven, a los 59 años, extenuado, después de sobrehumanos esfuerzos por alcanzar otra gran victoria para Roma sobre las turbas del Norte. Un autor le considera como « el más noble de los emperadores paganos », y otro dice que « tristemente debe reconocerse que no se encontraría otro monarca cristiano capaz de resistir el parangón con Marco Aurelio ».

Fué éste un hombre extraordinario por lo que enseñó a la humanidad, ensalzando la virtud y el deber, y por las circunstancias y hechos de su vida, que dan grande relieve a lo que escribió. En el caso de Marco Aurelio no hay que



acudir a las notas de segunda mano para llegar a sus enseñanzas; pues como ya hemos dicho, existe un libro suyo, que se llama: « Meditaciones de Marco Aurelio ». Este libro es una serie de apuntes, que escribió en griego el emperador, en momentos memorables de su vida. No se trata de un gran volumen, y con el tiempo habremos de leerlo. Aquí sólo daremos parte de los profundos pensamientos que contiene, los que nos parecen más hermosos y sencillos.

Por lo que Marco Aurelio nos dice, comprendemos que tuvo excelente educación y buenos padres y abuelos. Nos dice que su abuelo tenía buen natural; que su padre era modesto y esforzado; que su madre le enseñó a tener fe, a ser generoso y liberal y a respetar al prójimo, amándole como a sí mismo. Tales fueron los principios de este grande hombre.

Tuvo excelentes maestros que le instruyeron en una infinidad de materias, de suerte que, según nos refiere él mismo, aprendió de sus profesores « cómo se ha de ser agradecido; cómo debe aceptarse un favor, sin humillarse por ello ni demostrar desagradecimiento al amigo que se lo hace; no mentir cuando por pereza no se ha escrito una carta que debió escribirse, y otras muchas cosas, algunas serias, otras amenas y todas dignas de ser conocidas ».

SENTENCIAS DE MARCO AURELIO

ESTAS meditaciones de Marco Aurelio están escritas como si el autor hablase consigo mismo, lo cual se comprenderá leyéndolas. Por ejemplo, cuando dice: « Acuérdate todas las mañanas de que, acaso antes de que llegue la noche, te encontrarás con una persona digna de toda censura » no da un consejo al lector, sino que se lo da a sí mismo. Escribió, pues, su libro como para recordar sus propios pensamientos. Algunos de ellos, que los hombres han estado comentando durante casi 2000 años, son los que citamos a continuación, traducidos libremente.

«Con respecto al hombre censurable debes pensar que así tu mente como la suya vienen de Dios y que fuímos creados para ayudarnos mutuamente, como se ayudan las dos filas de dientes de nuestra boca. Todo hombre es necesario al Universo. Eres hombre y naciste romano; debes, por tanto, obrar como corresponde a esta dignidad. Esto sólo se logra pensando que cada una de nuestras acciones podría ser la última.

« Recuerda, también, que hay personas que, no obstante ser muy activas, no hacen nada de provecho. Inútilmente se cansan y agotan sus fuerzas, sin aspirar a ningún fin determinado, sin obedecer a ningún plan de acción.

« Debes obrar pensando que puedes morirte, cuando menos lo esperes, pero no por ello temerás a la muerte. Si hay dioses, o Providencia, serás salvo; y, si no los hubiese, un mundo sin dioses no es digno de que el hombre viva en él. La muerte y la desgracia no corresponden al hombre en sí. Vida y muerte, honores y humillaciones, placeres y penas, riqueza y miseria, están indiferentemente con los buenos y los malos, y no son en sí mismos ni lo uno ni lo otro. Toda la vida no es más que un punto, un momento en la eternidad, y el cuerpo está siempre en peligro de caer vencido. No debemos contar nuestra fortuna; en cuanto a la gloria, sólo es humo. ¿Qué podríamos, pues, ambicionar? Ser todo lo más semejantes que sea posible al Dios que sentimos dentro de nosotros ».

« Debemos atender con preferencia a nuestras almas, pues los cuerpos están perdidos. Hipócrates, que curó tantas enfermedades, al fin cayó enfermo y murió. Alejandro, Pompeyo y Julio César, que sembraron por todas partes la muerte y la destrucción, muertos y destruídos fueron ellos también. Demócrito fué consumido por los gusanos y otros gusanos destruyeron a Sócrates.

« Es una buena regla no pensar en cosas de las cuales nada nos atreveríamos a decir, si alguien nos preguntara: « ¿En qué piensas? »

« No te esfuerces en ser espiritual y brillante en tu conversación; obra siempre como corresponde a un emperador romano; busca en ti mismo la paz del alma y no quieras para ella un apoyo ajeno, es decir: no sería discreto que te desprendieras de

tus piernas, prefiriendo el sostén de unas muletas.

«No es absolutamente necesario abandonar la ciudad para encontrar la paz. Tendríamos que aprender un medio de separarnos de nosotros mismos, y así hallaríamos una paz perfecta, aunque nos rodeara una multitud.

«No obres como si tuvieras diez mil años para vivir: la muerte nos está tocando con los codos. Procura, mientras vivas, servir para algo que esté dentro de tus aptitudes. Pronto has de ser devuelto a esa fuerza directora del Universo que te dió la vida.

«Un buen sistema de vivir es el desprenderse de las cosas innecesarias. La mayor parte de lo que hacemos y decimos no es necesario. Si prescindiéramos de ello, tendríamos más tiempo y menos disgustos. El hombre ciego es el que deja sin ojos a su pensamiento. El pensamiento es lo que da la vida, y no el cuerpo—dice Epicteto;—eres un alma viviente que arrastra consigo un cuerpo.

«Si queremos conocer bien el exacto valor de las personas, habremos de estudiar lo que piensan, qué persiguen y cuáles son las cosas que desprecian. El hombre vale más o menos, según sea el valor de aquellas cosas, a las cuales ha consagrado su vida».

Esta última sentencia de Marco Aurelio es tan admirable, que deberíamos dedicarle especial atención. Vivimos en una época dominada por el positivismo más lamentable. Cuando, al morirse un conocido nuestro, preguntamos: *¿valía?*, no queremos significar su valor moral, sino que pensamos en su fortuna. Pensando así, nos alejamos de lo verdadero, hermoso y perdurable, dedicándonos por entero a lo engañoso y efímero. El valor de un hombre es el mismo valor de aquellas cosas a las cuales ha consagrado su vida, y si esas cosas no son más que dinero, entonces el verdadero valor del hombre es nulo, no existe. Marco Aurelio, que aun siendo emperador, estaba siempre dispuesto a recibir lecciones de otros pensadores, fuera cual fuese su condición—del esclavo Epicteto, a quien cita con frecuencia en su libro, aprendió mucho,—escribió otros apuntes que nos harán pensar más todavía sobre el valor del hombre, demostrándonos cómo, cuando decimos: *fulano ha muerto rico*, podemos referirnos a un hombre que ya murió veinte años antes.

Dice Marco Aurelio: «Cuando un hombre llega a viejo, quiere decir que en él se continúa y prolonga la simple vida animal. Respira, se alimenta y tiene toda clase de necesidades; pero puede suceder que, para hacer un uso verdadero de sí mismo, para distinguir entre lo que parece y lo que verdaderamente es, para todos los pensamientos nobles y el estudio justo de sus semejantes, esté ya perfectamente muerto».

He aquí, ahora, un pensamiento que, por su profundidad y extensión, es uno de los que más se destacan en el libro, y por eso debemos darlo íntegramente, traduciéndolo del griego al castellano con toda la fidelidad que sea posible.

«Considera cuántos médicos han muerto, que fruncieron el entrecejo ante el enfermo, dándose aires de seres superiores; cuántos astrólogos, que pensaron ser grandes hombres, porque profetizaron una catástrofe; cuántos filósofos siguieron el camino de la carne, después de haber comentado prolijamente la muerte y la eternidad; cuántos guerreros que cayeron también, después de haber vencido a cien enemigos; cuántos tiranos que acabaron, después de haber abusado de su poder, otorgando vida o muerte a sus vasallos, como si pensaran ellos ser inmortales; cuántas ciudades que desaparecieron hasta en su sombra, como Helice, en Grecia, y Pompeya y Herculano en Italia, por no citar otras muchas.... Piensa siempre que basta rebuscar en tus recuerdos para ver cómo un hombre cierra a otro los ojos, para que luego le entierren a él, y así sigue el mundo, pasando todo esto en un corto espacio de tiempo. Por consiguiente, la especie humana es algo efímero, inestable, transitorio. Nacemos hoy para ser mañana huesos y cenizas. Así, durante tu corta vida, debes procurar ponerte en armonía con la naturaleza, para partir luego alegremente; y así como cae del olivo una aceituna madura, acuérdate tú, al caer, de tu madre Naturaleza y del árbol que te produjo».

Marco Aurelio era un hombre, que comprendía y deseaba corregir sus debilidades.

En el siguiente pensamiento, le vemos reprocharse a sí mismo de esta suerte:

«Si crees que no es tu obligación madrugar, hazte este discurso: «Ahora me levanto, para que trabajen mi cuerpo y mi espíritu. ¿Acaso fuí creado sólo para dormir y quedarme en el lecho, bien arropado y caliente? ¿No se me hizo para que yo, a mi vez, hiciera algo? ¿No debe portarse un hombre como corresponde al hombre? No debes tenerte verdadero amor a tí mismo. Si lo tuvieras, amarías la naturaleza y darías a tu cuerpo libertad y movimiento. Quiero seguir el camino de la naturaleza hasta que se rindan mis piernas; después descansaré, respirando con delicia el aire que me da la vida».

Luego le vemos aventurarse en un asunto que nos recuerda lo que Buda enseñó acerca de las almas y de su morada. Después de declarar que «ya tiene el hombre bastante trabajo con hacerse tolerable a sí mismo», pregunta:

«¿Qué estoy haciendo yo con mi alma? He aquí una pregunta que debería ser hecha con frecuencia. ¿Cómo tengo ahora el alma? ¿De quién tengo el alma? ¿Es la de un niño o la de un mozo, o la de una débil mujer, o la de un tirano, o la de una bestia o la de una fiera?

«Tengo un alma y un cuerpo, y es evidente que para algo se hicieron la una y el otro, y que yo desciendo de otro ser y de otros seres. Por consiguiente, todo cuanto hay en mí servirá para la continuación de la especie. De este modo yo fuí hecho, y mi padre antes que yo, y otro antes que mi padre y así siempre atrás en la eternidad.

«Los vastos continentes de Europa y de Asia no son más que rinconcitos del mundo creado. El océano no es más que una gota de agua y el monte Athos sólo significa un grano de arena comparado con el Universo. Lo presente es sólo un momento, comparado con la Eternidad. Estas cosas no son pequeñas, ni mudables ni transitorias. Recuerda también que todas las cosas vienen del Alma que rige el Universo, directa o indirectamente. El rugido del león, el veneno de una serpiente y todo cuanto parece dañino en la naturaleza, como las espinas y el fango, es consecuencia de algo noble y hermoso».

Marco Aurelio perdonando a sus enemigos.

Estas palabras encierran para nosotros una lección todavía más importante de lo que puede parecer a simple vista. Nadie que recuerde la Biblia dejará de observar que cuanto nos dice aquí Marco Aurelio, lo dijo también el apóstol, en parecidas palabras, al advertir que nada de lo hecho por Dios puede ser vulgar ni discutible. Es posible que Marco Aurelio hubiera leído algo de la Biblia, aunque sin conocerla. Uno de los primeros escritores cristianos dijo de Marco Aurelio que «cristiana era su alma por naturaleza».

Marco Aurelio aplicó su máxima a muchas de sus propias acciones y de un modo que para nosotros habría de ser muy difícil comprender. Y es que no sólo hay que explicarse la necesidad de que haya espinas, y el veneno de la serpiente y el fango; igualmente debemos transigir con todos los hombres, aun con aquellos que nos son molestos. El Universo era para Marco Aurelio un gran todo.

«Todos los hombres trabajan de acuerdo con los fines de la Providencia, algunos conscientemente, otros sin darse cuenta de

ello. Y así pudo decir Heráclito que, aun los que están durmiendo, contribuyen a la marcha del mundo. La gran obra se realiza después con diferentes manos y por distintos medios. Pues hasta aquel que reniega de su destino y se esfuerza por romper en pedazos la línea que ha de seguir el mundo, hasta ese hombre terco contribuye también con su parte».

Nos dice, además, Marco Aurelio que, teniendo que cumplir algún cometido, debemos procurar que este cometido no sea ridículo ni humillante, dado que «El que gobierna el mundo nos hizo útiles para algo y de alguna manera armonizará nuestras aptitudes con su plan de acción».

Por último, y para completar nuestra impresión a propósito de la sabiduría de Marco Aurelio, reproducimos las siguientes y hermosas frases:

«Diga lo que diga la gente y haga lo que haga, yo debo ser bueno y decirme lo que se diría del oro o de una esmeralda: Deja que la gente diga y haga lo que quiera; yo soy una esmeralda y debo conservar mi color».

«Es una tontería no corregir las propias faltas, lo cual es muy fácil, y pretender enmendar las ajenas, cosa perfectamente imposible».

«Si tú sabes bien dónde está la verdadera sabiduría, no debe importarte que la gente no dé crédito a tus palabras».

«Alejandro, Julio César y Pompeyo, ¿qué fueron, comparados con Diógenes, Heráclito y Sócrates? Estos filósofos penetraron la naturaleza de las cosas y sus causas y se dejaron conducir por las leyes de la naturaleza. Pero, por lo que se refiere a aquellos príncipes, ¡con cuántas cosas se les esclavizó y amargó la vida!»

«Porque le has hecho un favor a un amigo, quieres que te lo agradezca o le pides otro. Es como si un ojo o un pie te quisieran cobrar los servicios que te prestan. Piensa que el hombre debe ser amable con sus semejantes, y cuando le hace un servicio al prójimo, demuestra ser útil al mundo, habiendo cumplido el fin de su principio, y así obtiene su propia recompensa».

«No se puede ser buen maestro sin haber sido antes buen discípulo. Con mucha razón puede decirse esto del arte de vivir».

«El tiempo es como un río que arrastra rápidamente todo lo que nace. Tan pronto como aparece una cosa, es arrebatada por la corriente: a una cosa siguen otra y otras cosas, pero todas no hacen sino pasar».

«Ten muy presente que los hombres, hagas lo que hagas, siempre serán los mismos».

«Más deseo conservar un solo ciudadano que destruir mil enemigos».

«Quien huye de las obligaciones sociales es un desertor».

«El medio más seguro de vivir libre y tranquilo es hacer cada acción como si hubiese de ser la última de la vida, sin temeridad, sin repugnancia alguna a la razón, sin hipocresía, sin amor propio y con una perfecta conformidad con las órdenes de los dioses».

«Los hombres buscan plácidos retiros, casas de campo, a orillas del mar o sobre la montaña, y tú también te has acostumbrado a desear muchas de estas cosas. Pero esta es una idea vulgar, porque está en tu mano, cuando lo desees, retirarte en ti mismo. En ninguna parte un hombre podría retirarse con más calma o libertad del pesar que en su alma, sobre todo cuando tiene en sí mismo pensamientos tales, que su mera contemplación le da inmediatamente la tranquilidad perfecta».

«Hemos nacido para ayudarnos unos a otros, como los pies, las manos, los párpados, los dientes. Es, pues, contrario a la naturaleza perjudicarse mutuamente, y perjudicarse es sentir odio y aversión».

«Un exterior hermoso es un seductor peligroso».

«Si no conviene, no lo hagas; si no es verdad, no lo digas».

«Cuando se te presenten muchos caminos, elige siempre el más recto, que al mismo tiempo es el más corto y seguro: la experiencia y la verdad te lo indicarán».

«No retraigas el pecado de otro».

«Las mayores riquezas no bastan para los placeres y los vicios de un príncipe voluptuoso; y si es odiado por sus súbditos, no está su vida segura a pesar de cuantos guardias le defiendan».

Dejamos aquí a Marco Aurelio; pero luego, cuando seamos hombres, procuremos leer este libro admirable, leerlo bien y comprenderlo bien, desde su primera página hasta la última.